

PEQUEÑAS LETRAS GRANDES HISTORIAS

3º Y 4º DE PRIMARIA



COMITÉ EDITORIAL

Dinorah López de Gali

Presidenta del Patronato del Sistema Estatal DIF

David Villanueva Lomelí

Auditor Superior del Estado de Puebla

Ignacio Alvízar Linares

Secretario de Educación Pública del Estado de Puebla

Roberto Trauwitz Echeguren

Secretario de Cultura y Turismo del Estado de Puebla

Arturo José Ancona García-López

Director General de la CONALITEG

Antonio Araige Rodríguez

Subdirector General de la CONALITEG

AUTORES

Miguel Maldonado

Vanessa Michelle Cuatzo Domínguez

Saulo Carlos Hernández Palma

Alexis Cadillo Fuentes

Ana María Rascón Cadena

Miguel Ramírez Solano

Diego Alexander Mozo Soto

Ximena Nayeli Cortés Santos

Ilse Paola Martínez Guerra

Alejandra Hernández Dorantes

ILUSTRADORES

Maya Selene García (portada, pp. 4, 7)

Adrián Pérez Acosta (pp. 9, 10-11)

Rosi Aragón (pp. 12, 14-15)

Nora Millán (p. 17)

Laura González (p. 19)

Paola Calvo (pp. 20-21)

Pablo Zweig (pp. 22-23)

Javier González Burgos (p. 25)

Cuauhtémoc Wetzka (pp. 28-29)

Mariana Alcántara (p. 31)

EDITORIAL

CIDCLI, S.C.

Elisa Castellanos

Coordinación editorial

Roxana Deneb y Diego Álvarez

Diseño y diagramación

Paola Aguirre

Cuidado de la edición

Primera edición, 2018

D.R. © Auditoría Superior del Estado de Puebla

5 sur 1105 col. Centro, Puebla, Puebla

D.R. © Consejo de Ciencia y Tecnología del Estado de Puebla

13 Poniente 2904, col. La Paz, Puebla, Puebla

ISBN: 978-607-96863-7-6 (Obra completa)

ISBN: 978-607-96863-8-3 (Volumen I)

Impreso en México

DISTRIBUCIÓN GRATUITA - PROHIBIDA SU VENTA

Introducción

Convencidas del poder de la literatura como medio de transformación social a través de la promoción de los valores en la niñez y juventud poblanas, diversas instituciones públicas unimos esfuerzos para presentar el primer concurso estatal de cuento **Pequeñas letras, grandes historias**.

El Sistema Estatal DIF, el Gobierno del Estado, la Auditoría Superior del Estado, el Ayuntamiento de Puebla y la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos nos propusimos incentivar la creación literaria con el tema de los valores de la campaña “Donde hay un poblano, hay compromiso”; así como promover los trabajos de niñas, niños y jóvenes escritores de nuestra entidad, a fin de generar espacios de participación para la comunidad escolar.

En esta primera edición recibimos un total de 655 cuentos, de los cuales 182 fueron escritos en lenguas indígenas.

Las categorías fueron las siguientes:

- Categoría A: 3° y 4° de primaria
- Categoría B: 5° y 6° de primaria
- Categoría C: secundaria

Entusiasmados por el talento, la creatividad y la visión que los pequeños y jóvenes plasmaron en sus textos, conformamos este libro con los cuentos finalistas, con el propósito de transmitir la importancia de los valores como pilares de una sociedad pacífica, honesta y justa; para difundir el talento de los escritores a manera de reconocimiento; y para incentivar la participación de más niños y adolescentes en el concurso. Por ello, esta edición consta de 150,000 ejemplares.

Deseamos que disfruten estos cuentos y que representen, en cada lector, una esperanza de hacer de Puebla un mejor estado, si continuamos trabajando con la niñez y la juventud en la formación de valores y fomentamos en ellos **Pequeñas letras, grandes historias**.

Continuemos sumando esfuerzos a favor del fortalecimiento de valores.

¡Participen!



La lucha de Artemisa

A mis dos hijas

MIGUEL MALDONADO

Artemisa tenía un hermano menor muy especial, era especial porque era diferente a los demás. Artemisa lo entendía así porque ella era muy inteligente y desde muy chica se dio cuenta de que todas las niñas y todos los niños son distintos, no nada más su hermanito, porque nadie es exactamente igual a otra persona, ni siquiera sus compañeras las gemelas que van en su salón: “Las gemelas no son idénticas, siempre hay algo que las diferencia a una de la otra”, le decía Artemisa a sus papás: “Caminan distinto, sonríen distinto, su voz no es parecida, no comen las mismas cosas y no les gusta hacer lo mismo. A mi amiga gemela, por ejemplo, le gusta mucho correr, y a su hermana la otra gemela no le gustan las carreras”.

Artemisa se sentía muy orgullosa de que ella sí podía diferenciar a sus amigas las gemelas y sus demás compañeras a veces no podían; para ella era fácil reconocer a la gemela con la que más se llevaba, porque la gemela que era más su amiga tenía una sonrisa muy especial, y Artemisa siempre la reconocía. Aunque las gemelas eran unas niñas traviesas y les gustaba jugar a ser la otra gemela. Artemisa las descubría, por más que las gemelas querían que Artemisa se confundiera.

Pero regresemos al hermano de Artemisa —que por cierto se llama Max—. Max es diferente a los demás, es diferente porque para poder caminar necesita dos bastones, uno en una mano y otro en la otra, esto se debe a que sus piernas no son lo suficientemente fuertes para poder cargar su peso, así que sus brazos ayudan a soportar parte de su cuerpo. Cuando su hermano desea caminar necesita tener cerca los dos bastones, así que Artemisa siempre está atenta a que los bastones estén junto a su hermano, ésa es su manera de apoyarlo, todos los días se asegura de que los bastones estén a un lado de Max. Su hermanito también la apoya, pues es muy bueno para dibujar y cuando Artemisa tiene mucha tarea de dibujo, Max dibuja con ella. Así, ambos hermanos se ayudan en lo que pueden.

Los doctores dicen que a lo mejor un día su hermano Max no va a necesitar bastones, que puede suceder que sus piernas se hagan más y más fuertes. Por ahora, usa bastones todo el tiempo. Desde que era chiquita, Artemisa se dio cuenta de que su hermano es igual de inteligente que los demás niños, y que le gusta jugar igual que a los demás, su hermano simplemente hace las cosas de otro modo. Por ejemplo, si

quiere bajar una escalera necesita hacerlo lentamente, o si quiere ir a la tienda de la esquina lo hace a su propio paso, y si necesita utilizar alguna de sus manos primero debe sentarse o recargarse, así sus manos se liberan de los bastones y entonces puede tomar cualquier cosa, por eso cuando los dos juegan con los muñecos su hermano prefiere jugar sentado, pues si se levantara no podría utilizar las manos. Artemisa ha sabido adaptarse a su hermano muy bien, y siempre se ha divertido jugando con él; sus juegos preferidos son armar rompecabezas y concursar a hacer el dibujo más parecido a la realidad, ya sea que dibujen animales, cosas de su casa o de la naturaleza, el reto es hacer el dibujo que más se parezca al objeto de su elección.

La palabra “adaptarse” es una palabra poco conocida, la usamos poco en la escuela o en la calle, pero Artemisa la usa mucho y cree que es una palabra muy importante, algunas veces dice “adapatarse” y sus amigas o familiares no saben qué quiere decir, cuando le preguntan el significado de la palabra “adaptarse”, como un día le preguntó su amiga la gemela, ella responde: “Adaptarse quiere decir que te acostumbras a las cosas que hay, por ejemplo, si a ti te gustan mucho los chocolates y tu papá te regala galletas, porque no siempre hay chocolates en las tiendas, entonces pruebas las galletas, y así te adaptas a probar distintas cosas. Pero si no te gustan, pues no te adaptas, no te tiene que gustar todo, lo importante es adaptarte a las cosas que son buenas para ti; como yo que me adapté a jugar con mi hermanito, quien sólo puede jugar sentado, y me adapté porque eso es bueno para él y para mí, si no fuese bueno para mí no me adaptaría, y no tiene nada de malo que no puedas adaptarte”.

Por eso mismo, Artemisa no entendió por qué cuando su hermanito cumplió tres años —la edad para entrar al kínder—, en la escuela no se adaptaron a él, pues no había una silla amplia donde cupieran sus bastones y no había una silla en el patio para que su hermanito saliera en el recreo y se sentara en ella, en medio de los niños, para platicar con ellos o poder jugar con sus manos libres de los bastones. Tampoco había suficiente espacio en la fila de su salón para poder levantarse o sentarse, pues Max necesitaba más espacio que los demás niños para maniobrar; por esta razón Max a veces no quería ir a la escuela, decía que le costaba trabajo moverse en su salón. Artemisa quería que Max tuviera ganas de ir a la escuela, para que hiciera amigos y se divirtiera, también para que aprendiera cosas nuevas. Un día Artemisa se levantó, decidida a hablar con la profesora de Max y con la directora, con la finalidad de hacerles entender que Max tenía el mismo derecho que todos de ir a la escuela y también el mismo derecho que todos de aprender y divertirse, y que la escuela tenía que adaptarse a Max, y Max también adaptarse a la escuela, pues a veces no le gustaba levantarse temprano ni hacer las actividades que las profesoras decían.

Artemisa sabía que en la escuela estaban obligados a tratar bien a Max, pues todos los niños tienen los mismos derechos, pero quería que la directora y la profesora escucharan sus palabras, que entendieran la situación y que no actuaran por obligación o que se sintieran forzadas. Así que el día que Artemisa habló con la profesora y con la directora les dio el ejemplo de sus amigas las gemelas, les explicó que incluso las gemelas eran distintas, aunque se parecieran mucho y fueran casi iguales de la cara, las dos tenían sonrisas distintas y gustos distintos, así que lo mismo pasaba con todos los niños del mundo: “Aunque nos parecemos en muchas cosas —les decía Artemisa—, también somos diferentes en otras, si somos diferentes no importa, porque aunque seamos diferentes todos seguimos siendo niños, y por eso tenemos los mismos derechos. Mi hermanito Max tiene los mismos derechos que yo y que los demás compañeros, porque al final Max y yo seguimos siendo niños, sin importar lo distintos que somos”. La profesora y la directora le dieron toda la razón a Artemisa, y le dijeron que iban a cambiar las cosas para que Max estuviera a gusto. También le dijeron a Artemisa que era muy valiente por defender los derechos de su hermano y que hablaba “convigente”, esta última palabra, “convigente”, no la conocía, y cuando conoció su significado, también le pareció una palabra muy importante; desde entonces Artemisa siempre luchó por los derechos de todas las niñas y los niños y, también, siempre quiso aprender nuevas palabras.



VANESSA MICHELLE CUATZO DOMÍNGUEZ

Edad: 8 años • Grado: 3° • Grupo: E

Nombre de la escuela: Colegio Benavente • Municipio: Puebla, Puebla

Nombre del docente: Claudia Patricia de la Vega Espinosa

Manolo y el señor González

Manolo es un niño de apenas diez años, quien junto con sus padres, vive en el barrio de Xanenetla de la ciudad de Puebla, en una vecindad que caracteriza a esta zona de la ciudad (vieja, casi en derrumbes), pero que guarda tantos secretos como nadie imagina. Y aquí es en donde empieza nuestra aventura.

Manolo, hasta ahora, había llevado una vida normal como la de cualquier niño de su edad, pero un día regresando de la escuela a su casa, empujó la puerta como de costumbre y se dio cuenta de que estaba cerrada, por lo que tocó y tocó, pero nadie le abrió. Decidió esperar por un tiempo en la puerta y, al ver que su mamá no llegaba a preparar la comida como normalmente hacía, decidió salir en busca de sus padres a su lugar de trabajo. Se fue, y al llegar al lugar en donde sus padres trabajaban como vendedores ambulantes, no los vio; y al obtener información con sus conocidos de dónde podrían estar, decidió regresar a su casa con la esperanza de encontrarlos ahí. Desesperado, azotaba la puerta para poder entrar, pero no tenía éxito. Hasta que alguien del piso superior gritó:

—¿Quién azota la puerta con semejante desesperación? —dijo el señor González.

Manolo, en silencio, asustado, murmuró:

—¡Oh, no, he despertado al viejo odioso y cascarrabias del segundo piso! ¡Cómo me cae mal! Además huele muy mal.

Insistente, el señor González volvió a gritar:

—¡Respondan o llamo a la policía!

Entonces, Manolo, temeroso, respondió:

—¡Soy yo, Manolo!

El señor González, aliviado, dijo:

—¡Ahhh, el chamaco latoso y cochino de abajo! ¿Y qué haces ahí tan solo y tan tarde? ¿Acaso tus padres no están?



—¡Estoy asustado! ¡No encuentro a mis papás por ningún lado! —respondió Manolo. El señor González, en tono burlón y seguido de un azotón de puerta le gritó:

—¡Ja, ja, ja, seguro te han abandonado!

Manolo, al escuchar estas palabras se puso a llorar...

Pasaron las horas y sus papás no aparecían, pero de pronto escuchó nuevamente al que él llamaba o conocía como “El viejo gruñón”.

—Manolo, anda, sube —dijo el señor González.

—¡Allá voy! —contestó Manolo.

Con miedo, subió las escaleras y en su puerta lo esperaba el señor González mientras le decía:

—Anda, entra que hace mucho frío.

Manolo entró y se sentó en una silla vieja junto a una mesa de madera antigua, en la cual había una taza de café caliente.

—Anda, bébelo —le dijo el señor González—, mientras te cuento una historia. Estoy seguro de que no has escuchado sobre los túneles que recorren nuestra ciudad, ¿verdad?

—No, señor —respondió Manolo.

—Está bien, pues para las orejas.

Manolo, con cara de aburrimiento y bostezando, no prestó atención a lo que el señor decía, por lo que éste le soltó un sopapo en la cabeza diciéndole:

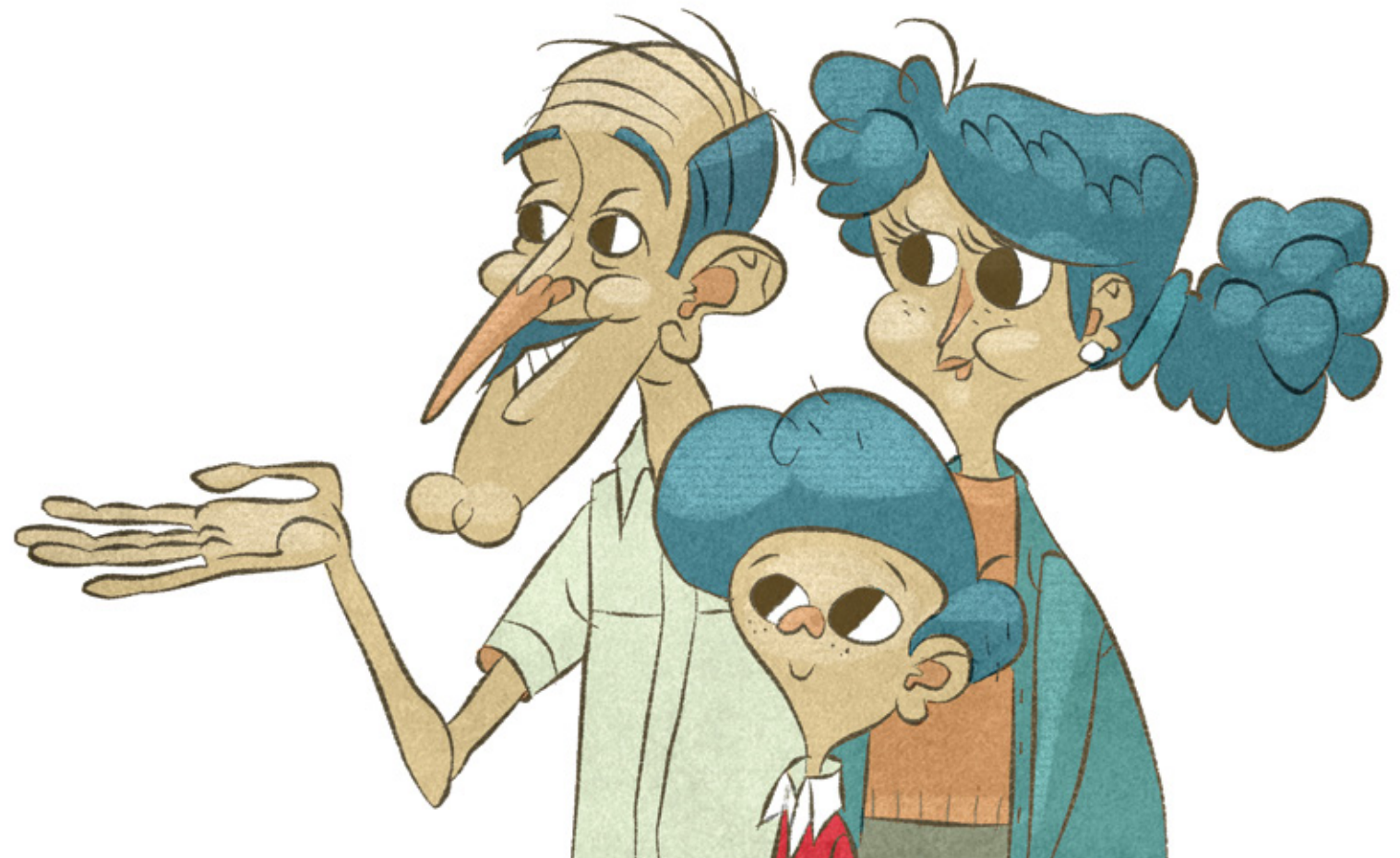


—Escucha, niño ignorante. Bajo nuestro piso hay muchos túneles, entre ellos los del barrio de Xanenetla, por ahí transitaban carruajes y caballos, y cuenta la historia que posiblemente sirvió como trincheras de la batalla del 5 de mayo, así como para trasladar riquezas de la Iglesia.

Manolo estaba asombrado por los grandes conocimientos del señor González, pero sobre todo, porque no era la persona que él pensaba. Por su parte, el señor González, pensó lo mismo de Manolo.

Después de eso, platicaron y rieron como nunca. Pasadas las horas, los papás de Manolo aparecieron: tocaron la puerta de la casa del señor González, le agradecieron el bello gesto de haberlo cuidado durante su ausencia y le explicaron que tuvieron que ir de emergencia a ver a un familiar enfermo. El señor González les contestó que había sido un placer cuidarlo y darse cuenta de que no es bueno juzgar a las personas por sus apariencias, y que siempre hay que tratarlas con respeto y darse la oportunidad de conocerlas. Entonces Manolo y sus padres dijeron que pensaban de la misma manera.

El señor González les pidió que, por respeto a su hijo, no le volvieran a hacer lo mismo, que si volvía a pasar alguna emergencia, buscaran la forma de hacérselo saber. Apenados, respondieron que nunca abandonarían de esa manera a su hijo y se retiraron dándole las gracias y un fuerte apretón de mano. **Fin.**





SAULO CARLOS HERNÁNDEZ PALMA

Edad: 10 años • Grado: 4° • Grupo: B

Nombre de la escuela: Colegio Central • Municipio: Puebla, Puebla

Nombre del docente: María Teresa Ronquillo Huerta

El arcoíris en cada color

Había un reino en un bosque donde ya nadie encontraba la belleza de la vida o de la naturaleza. A todos les importaba sólo lo material, pero el Gran Rey, que nunca quiso esto ni para su reino ni para nadie, creó un arcoíris eterno, y cuando los habitantes lo vieron se sintieron tan maravillados que todo comenzó a ser como antes. Sin embargo, un mago malvado, llamado Diente de Dragón, le quitó todos los colores al arcoíris y, si nadie actuaba rápido, todo el mundo se iba a quedar sin color.

El reino entero temía al mago malvado, sin embargo, tres hermanos estaban dispuestos a buscar los colores: el primero se llamaba Nicolás; el segundo, Pedro, y el más pequeño, Miguel. Fueron con el Gran Rey, quien les dio un collar mágico y les dijo:

—Úsenlo una sola vez, cuando encuentren al mago malvado, y junten todos los colores del arcoíris; sólo así lo derrotarán. Tienen tres días antes de que el mundo se quede sin color, así que apresúrense.

Se pusieron en marcha, y cuando iban saliendo del bosque, todo el pueblo gritaba:

—¡Suerte, suerte!

Luego de que salieron, encontraron un mapa que señalaba dónde podían encontrar los colores, decía: “Los colores en los valores”. Indicaba, primero, un volcán activo y vivo, así entendieron que el primer valor era la vida. Cuando llegaron al volcán, de pronto, el color rojo salió de éste y se integró al collar mágico, pero tenían que apresurarse porque el volcán iba a hacer erupción. Entonces el collar mágico empezó a zangolotearse y el color rojo disparó un poderoso lanzallamas que los sacó de allí.

Más tarde encontraron a un viejito enfermo. Decidieron ayudarlo, le trajeron un plato de sopa tibia y medicina; él les agradeció y entonces el color naranja apareció y se integró al collar. Los hermanos se dieron cuenta de que habían vivido la generosidad.

Luego encontraron a dos señores, a uno se le cayó una foto y un billete de 1000 pesos, y el otro señor se los iba a robar, pero los niños le dijeron:

—No lo haga, ¿en serio quiere esto en su conciencia?

El señor lo pensó y les contestó:

—Tienen razón, no quiero esto, lo que quiero es un buen recuerdo y el bien del otro.

Levantó el billete y la foto y dijo:

—Se le cayó esto, señor.

—Gracias, muchas gracias, no me había dado cuenta —dijo el otro hombre. Una gran sonrisa iluminó su cara y apareció el color amarillo, los niños lo tomaron, lo pusieron en el collar y se dieron cuenta de que se trataba de la honestidad.

Llegaron a la ciudad y encontraron una pequeña casa, donde se oían gritos de una discusión, pues los papás de dos niñas se estaban peleando y las pobres niñas ya no sabían ni qué hacer, además estaban muy tristes. Entonces los niños dijeron:

—No estén tristes, tengan esperanza de que sus padres se pueden reconciliar, y los problemas se resolverán porque ellos se aman y las aman a ustedes. Las niñas comenzaron a sentirse mejor y los padres entendieron que debían dejar de pelear. El color verde estaba iluminando a los papás y salió para integrarse en el collar. Habían encontrado la esperanza.

Más tarde vieron a un joven, al cual se le cayeron dos libros, y otro muchacho se disponía a patearlos. Los niños lo detuvieron y le dijeron:

—No hagas eso, ¿qué sentirías si alguien más te lo hiciera a ti?

Aquel joven respondió:

—Tienen razón, a mí no me gustaría que me hicieran eso.

El color azul del cielo apareció, era el color del respeto, y se metió en el collar. Para entonces se hizo de noche, los niños fueron a dormir, y al amanecer vieron una pequeña casa hecha de madera. Al entrar encontraron a un niño que estaba aburrido, sostenía un lápiz en su mano y en una mesa había un libro. Su mamá le preguntaba si ya había hecho su tarea. A lo que el niño respondió:



—No, mamá, no quiero hacer mi tarea.

—No es si quieres, tienes que hacerla —dijo la mamá.

Y el niño empezó a quejarse. Entonces los niños le dijeron:

—No te aburras, a veces puede ser divertido y, aunque otras veces no lo sea, siempre obtendrás una recompensa por ello.

El niño decidió hacer su tarea y cuando terminó, el lápiz por sí solo escribió la palabra “azul marino”, el libro empezó a temblar y el color salió disparado a gran velocidad. Se trataba de la responsabilidad. Los niños se sentían muy felices, pero debían darse prisa, pues el tiempo se agotaba.

Encontraron una casa enorme, era una mansión, en ella vivían un papá, una mamá, dos niños y una niña. Se disponían a dormir, pero la niña no podía porque sabía que en el techo había una araña, no era venenosa ni peligrosa, pero aun así le daba miedo, y sus hermanos le dijeron:

—No tengas miedo, hermanita, si quieres que la araña ya no esté ahí, sólo espántala.

La niña fue, se acercó paso a paso y muy valientemente espantó a la araña. Entonces la niña comenzó a brillar y el color morado salió de su mano.

El tiempo se acababa, debían hallar al mago. Caminaron mucho, encontraron un castillo y cuando entraron todo estaba oscuro. De repente, unas antorchas se prendieron y ahí estaba el mago malvado. Los hermanos sacaron el collar y lo tomaron los tres juntando sus manos. Ya sólo faltaba un minuto para que el mundo se quedara sin color, pero el collar comenzó a brillar y el mago malvado se hizo cenizas. El arcoíris retomó todos sus colores y antes de que el mundo se quedara gris para siempre, todo volvió a tener su color. Cuando regresaron al bosque, todos gritaban:

—¡Gracias, gracias!

Nombraron caballeros a los tres hermanos: al menor lo llamaron Miguel, el inteligente. El mediano fue nombrado Pedro, el fuerte, y por último, el mayor, Nicolás, el magnífico. Después de eso, todo el pueblo se dio cuenta de que tenían que vivir los valores para tener una vida siempre bella y llena de color como el arcoíris. [Fin.](#)



ALEXIS CADILLO FUENTES

Edad: 7 años • Grado: 3° • Grupo: B

Nombre de la escuela: Primaria Oficial "4 de noviembre de 1920" • Municipio: Guadalupe Victoria

Nombre del docente: Elizabeth Valderrabano González

Ganando en equipo

En un equipo de fútbol de la escuela "El Saber", los niños siempre perdían los partidos porque un niño llamado David nunca le pasaba el balón a sus compañeros, pues siempre decía que él era mejor que todos.

Un día en el entrenamiento, una niña llamada María, que era nueva en la escuela, preguntó si podía entrar al equipo. Todos aceptaron, pero David no quiso porque dijo que podían perder pues las niñas no saben de fútbol, pero el entrenador le dijo que todos podían entrar al equipo porque todos los niños tienen la misma oportunidad, ya que son iguales.

María se esforzó todos los días entrenando como los demás para demostrar que también era buena jugando fútbol y para que David confiara en ella y la viera como una más del equipo, pero él se la pasaba ignorándola.

Cuando empezó el torneo, en el primer juego, David no le daba los pases a María y no hubo buena comunicación en el equipo y, por lo tanto, perdieron. Al terminar el juego, el entrenador los reunió y habló con todos ellos para decirles que tenían que comunicarse, y a David le dijo que tenía que incluir a María porque ella también formaba parte del equipo.

En el siguiente partido, uno de sus compañeros le dio el pase a María y metió el gol del triunfo. Fue su primer partido ganado, y sus compañeros la felicitaron. David, enojado y celoso, se fue a una banca alejándose sin festejar. Al verlo, María se acercó a David y le dijo: "Todos somos valiosos e importantes para poder ganar y te necesitamos en el equipo". David entendió lo egoísta que había sido y pidió una disculpa a María, al entrenador y a todos sus compañeros, por su comportamiento.

De ahí en adelante, David y María se hicieron grandes amigos y, sobre todo, lograron ganar la final, pues entendieron que con una buena comunicación y entrenamiento pueden conseguir triunfos.



La Esperanza nunca muere

En un bosque frente a un hermoso lago, se encontraban unos amigos que construyeron un bote con el cual pensaban navegar por las tardes en el lago.

Estos amigos se llamaban Paz, que era una chica siempre sonriente; Generosidad, que era un chico regordete, muy simpático, y por último dos hermanos: Solidaridad, y su pequeña hermana Amistad, quien era la más joven del grupo.

Durante tres semanas habían estado trabajando para construir su pequeño bote de madera, siempre bajo la supervisión de su abuelo Disciplina, quien los cuidaba de no lastimarse con las herramientas. ¡Por fin estaba listo! Había llegado el día en que navegarían por primera vez en su bote por el lago, la emoción se podía ver en las caras de estos amigos.

Justo antes de subir al bote, el abuelo les preguntó a los chicos:

—¿No le van a poner nombre a su bote? Es una tradición ponerle nombre a los nuevos botes.

Los chicos se reunieron y empezaron a decir diferentes nombres y no se ponían de acuerdo. De pronto Amistad gritó:

—¡“Esperanza”, vamos a llamar a nuestro bote “Esperanza”!

Y todos, sonrientes, aceptaron, ya que pensaban que era magnífico el nombre.

Todos listos corrieron a subir al bote, muy emocionados por navegar y remar hasta el centro del lago. El abuelo Disciplina les recordó ponerse sus chalecos salvavidas y así se inició la diversión.

Amistad y Generosidad quisieron ser los primeros en remar, pero justo cuando el bote empezaba a navegar se llevaron un gran susto, el agua se estaba metiendo en Esperanza y se estaba hundiendo. Todos pusieron cara de tristeza y estaban a punto de saltar del bote antes de que se hundiera, pero Amistad gritó:

—¡Es nuestro bote, no podemos dejar que se hunda!



Entonces, inmediatamente Generosidad y Solidaridad se quitaron las playeras y taparon los huecos para que no entrara el agua. Paz y Amistad empezaron a sacar con las manos el agua del bote.

¡Esperanza se salvó! Los amigos remaron de regreso a la orilla del lago para reparar a Esperanza, y el abuelo, muy contento y orgulloso por lo que hicieron los chicos, les dijo:

—Mientras Paz, Generosidad, Solidaridad y Amistad trabajen juntos, la Esperanza nunca muere.



MIGUEL RAMÍREZ SOLANO

Edad: 8 años • Grado: 3° • Grupo: A

Nombre de la escuela: Maximino Ávila Camacho • Municipio: Tepeyahualco

Nombre del docente: María Hortencia Muñoz Hernández

El sismo

Había una vez un pueblito muy tranquilo en el estado de Puebla. Era un lugar tranquilo y bonito donde todo pasaba sin novedades importantes. Toda la gente se conocía y convivía como una gran familia. Pero un día ocurrió algo terrible.

Resulta que mientras todos descansaban en sus hogares, una madrugada, sintieron que todo se movía; era un terremoto muy intenso que no dio tiempo a todos de salir a la calle o al patio y muchos quedaron atrapados en las ruinas.

Los que lograron salir, muy sorprendidos y preocupados, empezaron a mover escombros para ayudar a los demás, mostrando su solidaridad. Todos se comprometieron a dar ayuda a quienes la necesitaban. Trabajaron día y noche y lograron rescatar vivas a muchas personas. Se sentían comprometidos con sus semejantes. Poco a poco en aquella comunidad fueron superando su tragedia gracias a la nobleza de su gente.





DIEGO ALEXANDER MOZO SOTO

Edad: 8 años • Grado: 3° • Grupo: A

Nombre de la escuela: Colegio Francés de Puebla • Municipio: Puebla, Puebla

Nombre del docente: Daniela Guzmán González

Carlos

Había un niño que no vivía en paz, que era inquieto y nervioso y se llamaba Carlos. Desde la cuna no vivía en paz, quería mover las manos y los pies, y balbuceaba diciendo, sin duda, cosas muy importantes, aunque nadie las comprendiera. Cuando ya caminaba era un auténtico desastre: sacaba de los cajones todo lo que había adentro y lo guardaba en el armario. Una vez quiso meterse a la lavadora y en otra ocasión en el horno...

No había rincón que dejara sin explorar, y lo peor de todo, constantemente rompía las cosas. Pronto en su casa no quedó ningún objeto de cristal ni de porcelana, ni siquiera de loza. Se vieron obligados a comer en platos de madera, de metal y hasta de las dos cosas, y los vestían con duros tejidos de esparto, porque Carlos rompía todo lo que veía, rasgaba las telas y hacía pedazos cualquier cosa que no fuera muy, pero muy resistente. Era, lo que se dice, "un niño que rompe y rasga".

Cuando Carlos creció se hizo astronauta, vio la cara oculta de la Luna y fue el primero en cortar la barrera del sonido...

¿Quién iba a decir que Carlos de mayor sería tan famoso, precisamente, por romper algo? Porque se dio cuenta de que estaba rompiendo el mundo y había descubierto la cara de la Luna.



XIMENA NAYELI CORTÉS SANTOS

Edad: 7 años • Grado: 3° • Grupo: B

Nombre de la escuela: Primaria Oficial "4 de noviembre de 1920" • Municipio: Guadalupe Victoria

Nombre del docente: Elizabeth Valderrabano González

Los conejitos pintores

Había una vez una aldea muy lejana dentro de un bosque. Esta aldea era muy reconocida porque su dirigente, el alcalde don Perro, era un animal viejo y muy sabio, quien mantenía el orden y las buenas relaciones entre todos los habitantes de dicho lugar.

Pero como era de esperarse, no existe lugar perfecto. Dentro de esta aldea habitaban dos conejitos pintores, que eran los encargados de realizar murales, y siempre estaban peleando; un conejo era de pelaje negro, y el otro de pelaje blanco.

Peleaban durante el día y la noche; peleaban por la comida y hasta por las pinturas.

Cierta día, el conejo de pelaje blanco mordió al conejito de pelaje negro. Al ser llevados a la corte, ante el juez, el señor Búho, el conejito blanco argumentó que lo había mordido simplemente por una razón:

—¡Quería saber si era de chocolate! —respondió el conejito blanco.

El juez, muy molesto ante tal situación, y desesperado, ya que ambos conejos irrumpían la tranquilidad de la aldea, decidió llevar el caso ante el alcalde, y ambos decidieron arreglar esta rivalidad con una simple pintura. El conejito perdedor sería el desterrado de dicho lugar.

Como ambos conejitos eran pintores no les preocupó tanto la forma en que el juez, junto con el alcalde, decidió arreglar la disputa que había entre ellos. Ambos eran muy buenos en lo que hacían, así que no era preocupante su decisión: los conejitos tenían que plasmar en una pintura qué era para ellos la paz.

El conejito blanco pintó un hermoso y bello bosque, verde y con muchas flores, un cielo muy azul con un sol muy brillante, y un río con agua muy cristalina. Era una pintura perfecta, no tenía duda de que sería el ganador, su soberbia y orgullo le antecederon su total éxito y triunfo.

El conejito de color negro, que tenía otras ideas, realizó una pintura sobre una tormenta eléctrica con rayos. Esta pintura también tenía árboles, pero éstos eran sombríos y tenebrosos. Tenía un río muy bravo y aguas turbulentas. Para nada inspiraba tranquilidad y mucho menos paz.



Al ser expuestas las pinturas ante todos los habitantes de la aldea, todos se burlaron de la segunda pintura, pues no entendían cómo pudo el conejo haber arriesgado su estancia en la aldea con esa pintura.

El sabio perro y el búho observaron detalladamente la pintura y, finalmente, se dieron cuenta de que había un pequeño detalle en ella. Cerca del río había una roca, cerca de esa roca había una flor muy pequeña y sobre esta flor había una abeja que estaba absorbiendo el polen de la florecilla tranquila y feliz dentro de esa horrible tormenta, entre truenos y rayos.

Al parecer, el alcalde y el juez comprendieron inmediatamente lo que el conejito plasmó en su pintura: la verdadera paz.

—¿Y saben por qué es la paz perfecta?

—Paz no significa estar sin ruido —respondió el conejito—, con calma, donde no hay problemas, no hay dolor, ni mucho menos el trabajo duro y pesado. Después de todo este tiempo entendí que la verdadera paz significa que, a pesar de estar en medio de diversas circunstancias, adversidades, desastres y todas esas cosas, permanezcamos calmados y tranquilos dentro de nuestro corazón.

Y si se preguntan ¿qué pasó con el conejito blanco? El alcalde decidió darle una segunda oportunidad, después de todo, podían vivir en paz y calma después de esta gran lección.

Este cuento lo escribí inspirada en la situación que vivimos, ya que en el mundo se libran batallas, guerras, desastres naturales, contaminación de mares y ríos, bosques y reservas naturales a causa de que las personas no entienden que deben de cuidar nuestro hogar y que sus acciones son el reflejo de lo que tienen en el corazón y que aun así nos permitan a los niños seguir con nuestra paz interior, la que llevamos en el corazón por el simple hecho de ser inocentes y no tener malicia, porque así somos los niños. Que nos permitan, los adultos, seguir con nuestros juegos, nuestras ideas, algunas veces incoherentes y graciosas porque, después de todo, dentro de esta pintura gris nosotros le ponemos color, no nos obliguen a estar quietos y callados, porque ésa no es la verdadera tranquilidad. Déjenos ser felices en nuestro mundo de fantasía, contágniense de esa alegría y verán que la verdadera paz llegará a sus corazones. Tratemos de cambiar lo que sí está en nuestras manos. **Fin.**

ILSE PAOLA MARTÍNEZ GUERRA

Edad: 8 años • Grado: 3° • Grupo: A

Nombre de la escuela: Emiliano Zapata • Municipio: Tlatlauquitepec

Nombre del docente: Agustín Ascención Rivera • Lengua materna: náhuatl

Don José wan in itskuinti

Onkaya sepa tech se tsiktsin kali. Kalietoya Don José wuan ni siwauj katka chikawjkeya, amo keman ki piake konemej, semi yol'pakia wan moj tasotaya nemia se pak nok se.

Se tonal semi kiowia wan se okota wetsik nipal in kali, Don José amoyetoya kalitik wan ni sautsin miyik, ijkuak ejok Don José wan kitak tok panko tawelchokak wan iliwis moj napalolti ni suatsin wan ki tokak, ka miak nelpacholis wan tayokolis ki meyik moj miktis, moj kechpilo, ijkuak kechpatskatoya nesik se itskuinti, pewak tawawia keme kiliskia maj amo ki chiwa yewa ki nekia se iteko, Don José ijkuak kitak in itskuinti amo ki neyik moj miktis wan mochiwj ni yolikniuj, ijkon Don José wan in itskuinti senpeujke se kualtsin yanwik nemilis, ki piake miak taman nemilis, yaya tapialmiktitij, yaya kuajkuowitiwan ijkuak kiowia moj sentalialia titeno pa amoj sekuiske, moj nenekia maski tamanmej ijkon panoke miak xiwjmej nochipayolpakia.

Chikawjke wan Don José amoj ki piaya chikawalis, tonal yaki kochito wan amoj isak, miyik, in itskuinti ijkuak kitak pewak tawawia wan moj tekak ni nakastann ejoke masewalme wan kitate ke Don José miyik, in itskuinti ni tokay Sanson yetoya ni nakastan, pewjke ki chiwjke nochi paj in velorio in majsewalme kuiyake xochit wan tanextilis, in itskuinti mo tekak ni tampa in kajon, panko ome tional wan ki tokato Don José in majsewalme yake nin chan wan in itskuinti mokawj ni nakastan in tekoch ten yowal ompa kochia wan ten tonal yaya ne kalitik kitati xa yetoya ni teko, panko miak tonalmej wan in itskuinti semi moj yolkokuaya amo ki pia akon ki notsas wan nion akon ki tamakas, pewa kokoxkawi, se tonal yaki nej mikejkalpa mo tekak ni nakastan Don José, wan ompa ni nakastan ni teko miyik.

Don José y el perro

Había una vez una pequeña aldea donde vivían don José y su esposa; ya eran abuelitos y nunca tuvieron hijos, pero eran muy felices los dos, pues vivían el uno para el otro.

En una ocasión llovió mucho y cayó un árbol sobre su casa, don José no estaba en casa y su esposa murió. Cuando llegó don José y vio lo que había sucedido, lloró

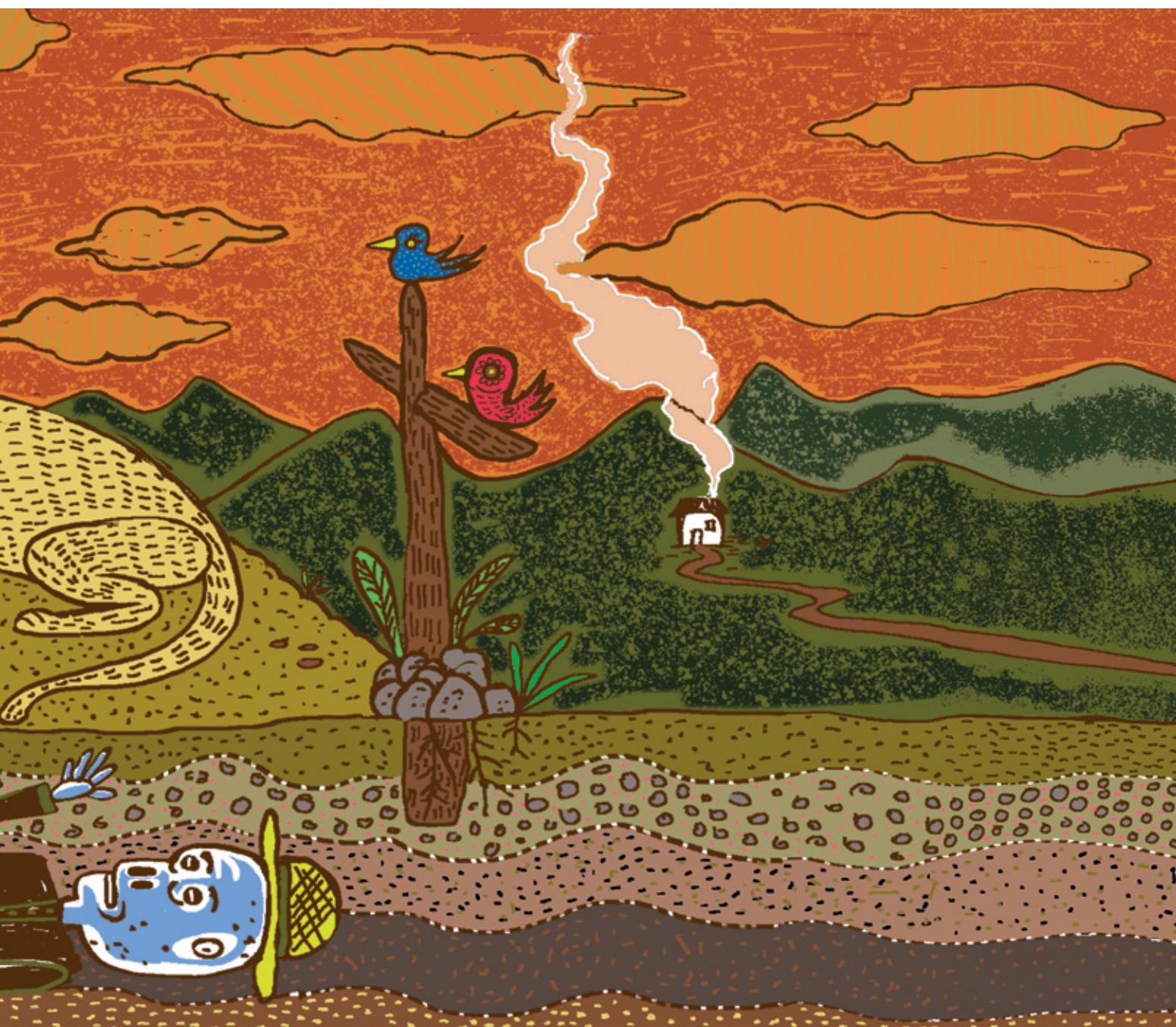
desesperadamente, fue corriendo y la tomó en sus brazos y después le dio sepultura. Él, deprimido y muy triste, quiso quitarse la vida ahorcándose. Cuando estaba a punto de ahorcarse apareció un perro que le empezó a ladrar con insistencia, como si le dijera que no lo hiciera, que él necesitaba de un amo. Don José, al ver al perro, decidió no quitarse la vida y ser su amigo, así don José y el perro empezaron una vida juntos; vivían bonitas aventuras: iban de cacería, por la leña y, cuando llovía, juntos se sentaban frente al fogón a entibiarse para que no tuvieran frío. Se acariciaban, se acariciaban tanto a pesar de lo diferentes que eran, y así pasaron muchos años y cada día que pasaba lo disfrutaban.

Llegaron a viejos y don José ya no tenía fuerzas. Un día se fue a dormir y ya no despertó, había muerto. El perro, al ver lo sucedido, ladró con fuerza y se acostó a



su lado hasta que los vecinos se dieron cuenta de que don José había muerto. Los vecinos fueron a ver qué pasaba y vieron que sólo el perro, llamado Sansón, estaba junto a él; pensaron que don José dormía, pero al verlo bien se dieron cuenta de que había fallecido. En seguida prepararon todo para el velorio. La gente empezó a llegar con flores y velas, el perrito se acostó bajo el ataúd. Pasaron dos días y don José fue sepultado, la gente se fue del panteón y el perro Sansón se quedó junto a la tumba de don José. Ahí dormía en las noches y en el día iba a su casa a ver si encontraba a su dueño.

Así pasaron varios días y el perro empezó a ponerse triste, ya no tenía quién lo llamara ni quién le diera de comer; empezó a enflacar, pues ya no comía. Un día se fue a la tumba de don José, se acostó y murió junto a su dueño.



ALEJANDRA HERNÁNDEZ DORANTES

Edad: 8 años • Grado: 3° • Grupo: A

Nombre de la escuela: Escuela Primaria Comunitaria Rural Jabalisco

Municipio: Hueytamalco • Nombre del docente: Adolfo Ángel Ortiz Santos

El conejo y el lobo

Había una vez un conejo que estaba buscando zanahorias en el bosque. Y buscó y buscó pero no encontró nada. En medio del bosque, arriba de un tronco, había una zanahoria, pero no se dio cuenta de que había una red, y ésta lo atrapó. Y gritó y gritó pero nadie lo escuchó. Entonces se hizo tarde. En eso llegó un señor, el mismo que había hecho la trampa, y se lo llevó a su casa. El señor vivía con su familia, que eran diez personas: su esposa y ocho hijos. Uno de ellos era una niña, la más pequeña que tenía seis años, a quien le gustaban mucho los animales, y le gritó a su papá:

—¡Papá, papá, un conejo! —dijo la niña.

—Sí, así es, nos lo comeremos —dijo el papá.

La niña, espantada, le dijo que se lo regalara y su papá viendo su carita muy triste y tierna le dijo que sí. La niña se hizo amiga del conejo y juntos iban al bosque. La niña bañaba al conejo, jugaban juntos y, muy contentos, se divertían; les gustaba mucho estar juntos y nunca se separaban.

Una tarde, la niña y el conejo paseaban por el bosque y de pronto vieron algo que se movía en los arbustos y escucharon un aullido y se espantaron. Entonces empezaron a correr y la niña tropezó, el conejo le ayudó, pero la niña no podía levantarse. Entonces el conejo corrió y corrió a buscar al papá de la niña, y el conejo asustado le dijo:

—¡Vamos, vamos! ¡Rápido, rápido! ¡Al bosque, al bosque!

Entonces, el papá de la niña tomó su escopeta y siguió al conejo hasta donde estaba la niña. Al llegar al lugar, había un lobo grande y feroz que estaba a punto de comerse a la niña. El señor disparó cerca de donde estaba el lobo, y el lobo asustado corrió y corrió muy lejos del bosque y nunca más se le volvió a ver. El papá de la niña la cargó y la llevó a su casa, junto con el conejo. La niña abrazó a su conejo con una gran sonrisa, ya que su fiel y bonito amiguito la había salvado. *Fin.*





se imprimió en el mes de octubre de 2018,
por encargo de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos,
en los talleres de Lyon A.G., S.A de C.V., con domicilio en Hierro
Número 5. Col. Esfuerzo Nacional, Ecatepec Morelos, C.P.55320,
Estado de México, El tiraje fue de 50,000 ejemplares.

Para su composición se utilizó
la tipografía Glacial Indifference.